

(Núm. 103.)



CARTA DISCRETA Y AMOROSA

dispuesta en quintillas, de un galán a su dama, que viendola enojada y desviada de su cariño, procura atraerla de nuevo su amor, disculpándose de las causas que la dió para enojarla.

Pajarillo que volando
surcas el viento ligero,
aquí te estoy aguardando,
que has de ser el mensajero
de un alma que está penando.

Este papel con cuidado
has de llevar en el pico
a mi dueño idolatrado,
y advierte que te suplico
se lo des disimulado.

No te has de sobresaltar,
sino con tu discreción
trátala de suavizar;
dila que de mi pasión
jamás llegue a dudar.

Si la encontrares dormida
no la interrumpas el sueño;
que aunque de dolor rendida
es siempre el único dueño
de mi alma y de mi vida.

Llega rendido a sus pies,
háblala con mucho tiento,
y con tu vista, cortés,
observa los movimientos
para que aviso me des.

Si pone alegre el semblante
cuando le digas mi amor,
vuelve volando al instante,
no aguardes a más favor,
que esto para mi es bastante.

Si demuestra algún enfado,
o la viéres desdeñosa,
¿por qué he de ser el culpado?,
¿por qué ha de estar rigurosa?
con quien motivo no ha dado?

Pero no, no se lo digas;
dila que su mano espero,
dila que tengo fatigas,
en fin, dila que la quiero,
y si es su gusto prosigas.

Si muestra su indignación
porque con otra deidad
me encontró en conversación,
di que fué casualidad
y una mera atención.

Mas si, no obstante, te estrecha
aquel rostro peregrino
con su fundada sospecha,
no te pongas en camino
sin dejarla satisfecha.

Dila que suspiro y lloro,
dila que vivo muriendo,
dila que no me mejoro,
dila que estoy padeciendo
porque la quiero y la adoro.

Si niega el conocimiento
porque no me despedi,
dila que mi sentimiento
me puso fuera de mí
con la fuerza del tormento.

Dila que siendo tan bella
que me remita el perdón,
que se anubló mi estrella
y no tuve corazón
para despedirme de ella.

Si porque yo estoy ausente
piensa que la he olvidado,
dila que mi amor valiente,
aun cuando más retirado,
la conserva más presente.

Mas si de ti se desvía,
dila de cuando me hablaba
se acuerde que me decía
que si yo no la faltaba
ella no me olvidaría.

Si dice que me olvidó
por consejos que la daban,
¿para qué me aseguró
que los montes se mudaban
pero su firmeza no?

¿Qué se ha hecho aquel citarme,
aquel suspirar por verme,
aquel deseo de hablarme,
aquel morir por quererme
y aquel sentir por nombrarme?

Si acaso ya se ha cansado
de mi amistad cariñosa,
¿por qué he de ser culpado?,
¿por qué ha de estar rigurosa
con quien causa no le ha dado?

Si contra mi tus enojos,
cual rayos quiere expeler
para ser de ellos despojos,
dila que no es menester
mas rayos que sus dos ojos.

Si dice que soy tirano
porque no la fui a ver
aquel día más temprano,
dila que tuve que hacer,
y que no estuvo en mi mano.

Si me niega sus piedades
por una sola aprensión,
dila que no es de beldades
sin pedir satisfacción,
castigar con crueldades.

Dila que estoy abatido
a su hermosa bizarria,
y pues me ve dolorido,
dila que no es valentia
dar golpes a un rendido.

Dila que firme la amé,
dila que la di la llave
de mi amor y de mi fe,
y, en fin, dila que bien sabe
lo que por ella pasé.

Dila que me desengañe
de aquesta pasión tan dura,
dila que yo soy su amante,
y, en fin, que no tenga duda
que siempre he de ser constante.

Si con otro idolatraba
lo que conmigo fingia,
¿cómo no me declaraba
de que ya no me quería
y que el verme la enfadaba?

Dila que yo no creyera
que se cambiara mi suerte,
¡ojalá que así no fuera!
la que fué vida ya es muerte,
y la que paloma, fiera.

Dila que allá en su crisol
ayer labré mi fortuna,
y hoy con triste arrebol
me quedo como la luna,
nunca encontrando su sol.

Dila que en este papel
va todo mi corazón,
y que al fin es darla en él
entera satisfacción
para no verla cruel.

Dila que estoy esperando
en este mal que me abrasa,
que me vaya recetando
algún cordial de esperanza,
porque ya estoy expirando.

Si en su furia tan notoria
te niega un halago tierno,
dila que tengo memoria,
que si ahora soy su infierno
algún día fui su gloria.

Dila que en mi sepultura
escriba de esta suerte:
«Aquí yace, y se asegura,
un amante a quien dió muerte
una cruel herinosura.»

Dila..., mas ¿qué has de decir? *la?*
Que en vista de lo expresado,
sólo quieres referirla,
que si vivo a su mandado,
muero por solo servirla.

RESPUESTA DISCRETA

*a la amorosa carta del galán, manifestándole la dama su esquivéz y desamor,
quejándose airada de su infiel trato, y diciéndole que la olvide
para siempre, porque ella detesta su amor.*

Pajarillo que enseñado
de otro pájaro maestro
vienes a implorar mi agrado,
mira que aunque cantas diestro
no me gusta tu trinado.

Este papel sin cuidado
has de llevar en el pico
al mismo que te ha mandado,
y advierte que te suplico
no lo des disimulado.

No le intentes consolar,
sino con irritación
procúralo atormentar;
dile que mi inclinación
se ha mudado a otro lugar.

Que con su nueva querida
se divierta y se consuele,
que la cante y que la pida,
y a mi tribunal no apele,
porque estoy muy ofendida.

Si le encontrases dormido
procura quitarle el sueño,
y dile, aunque esté rendido,
que si tiene ya otro dueño
yo ya tengo otro querido.

Este recado le des
aunque le inquietes y asustes,
porque lo que quiero es
que le ofendas y disgustes,
y no te mande otra vez.

Si tú quieres ser mi amigo,
nada suyo tú me abones,
y pues eres fiel testigo,
dile todas mis razones
conforme yo te las digo.

Vete, vuela y en paz llegues
a los ojos de mi vida;
nada que pida le niegues,
y si no estuviere rendida
suplicote que la ruegues.

Adiós, centro de mi idea;
si consiguiéres la palma,
ven, canta, trina y gorjea
para que te escuche el alma
aun antes de que te vea.

Si pone triste el semblante
cuando sepa mi rigor,
dile que sufra y aguante,
y espere muerte mayor
si se me pone delante.

Dile que vivo y no muero,
y aunque más tierno me arguya,
que ya ni mirarle espero,
y, en fin, para que se excluya,
dile que ya no le quiero.

Dile (sin que de él te apiades)
que el tratar a su placer
con unas y otras beldades
no quiera hacerme creer
de que son casualidades.

Él con mucha libertad
con todas quiere rozarse
ofendiendo mi bondad,
y luego quiere excusarse
con qué fué casualidad.

El que con toda maldad
ha estado entrando y saliendo
en casa de una beldad
a quien está manteniendo,
¿es esto casualidad?

El que enfrente de un balcón
se está en pie más de una hora
en larga conversación
con una cierta señora,
¿es esto mera atención?

Al que sin necesidad
todas las noches se encuentra
cual cofrade de hermandad,
aquí sale y allí entra,
¿es esto casualidad?

En tomando él su bastón,
y con la que vive enfrente
se marcha por San Antón,
y sale con ella al puente,
¿es esto mera atención?

El que con su autoridad
remire escritos suaves
a la hermana de un abad,
dime tú, que de amor sabes,
¿es esto casualidad?

El ir con profanidad
a comprar un buen relo
a su dama o su beldad,
y dárselo, y no por Dic
¿es esto casualidad?

El sentir la enfermedad
que tiene su fulanita,
y el ir con facilidad
y verla estando solita,
¿es esto casualidad?

En fin, tener falsedad,
gastar segunda intención
y no guardar lealtad,
¿es esto mera atención?
¿es esto casualidad?

Que no espere de mi alivio,
ni aun un leve favor,
que con razón dijo un sabio:
donde se acaba el amor
allí se empieza el agravio.

Dile que ya para nada
tiene que darme disculpa,
que ya estoy desengañada,
y que yo tengo la culpa
por haberle dado entrada.

Que prosiga en sus manías
y en sus perversas costumbres,
que no quiero entre porfías
pasar ya mas pesadumbres
ni aguantar más picardías.

Ya sabes que yo me fundo
en llegando a aborrecer,
que me juzgue en lo profundo
y como si tal mujer
no hubiese habido en el mundo.

Dile que se cansa en vano
en pedirme y suplicarme,
porque un hombre tan villano
no ha de volver a engañarme
porque ya le doy de mano.

Dile que pues lo ha querido,
que no ponga aquí los pies,
y que esté muy entendido
que lo que fue y no es,
como si no hubiera sido.

Dile que estoy enterada
de lo falso de su amor
y que no le creo en nada;
en fin, dile a ese traidor
que hasta su nombre me enfada.

Dile que no me arrepiento
de lo que le estoy hablando,
y pues con conocimiento
confiesa que está expirando,
que disponga el testamento.

Que ya otro cordial no espere
sino el veneno que ves,
y pues que así se lo quiere,
que gruñe, que rabie y que
se muera como pudiere.

Nadie me pida favor
por amante tan infiel,
pues no escucharé clamor
que sea en favor de aquel
que me excitó tal rigor.

En fin, dile en conclusión,
que se rompió la cadena,
que ya no hay composición,
y que a su culpa es la pena
el no tener compasión.

FIN

MADRID.—Despacho: Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal.